

Manuel ORTIZ HERAS y Damián A. GONZÁLEZ MADRID (coords.), *De la cruzada al desencanto: la Iglesia española entre el franquismo y la transición*, Madrid, Sílex, 2011. 315 pp. ISBN: 978-84-7737-477-0.

Desde el Seminario de Estudios de Franquismo y Transición (SEFT) de la Universidad de Castilla-La Mancha, coordinado por Manuel Ortiz Heras, se está prestando en los últimos años un gran servicio al conocimiento historiográfico de ambos períodos fundamentales de nuestra historia reciente. A ellos ha dedicado no sólo una ya larga serie de seminarios (van por las octavas jornadas, celebradas en febrero de 2012), sino también un conjunto de publicaciones colectivas que han abordado cuestiones tan diversas como el nacionalismo español, la memoria o las relaciones internacionales. La última de estas obras ha tratado el papel de la Iglesia católica en los procesos conducentes a la transición democrática española. Como enuncian sus coordinadores en la introducción, pese a la objetiva importancia de tal papel y pese a la “lluvia fina” de multitud de estudios locales y regionales sobre la cuestión, el conjunto de la historiografía no parece haber incorporado plenamente la significación del “despegue” o “desencanto” de la Iglesia católica en el segundo franquismo dentro de los parámetros interpretativos de la transición.

A suplir esta deficiencia contribuye, ciertamente, este libro, el cual incorpora las colaboraciones de algunos de los más prestigiosos especialistas en la materia. El libro se organiza en cuatro partes, no definidas formalmente, mas fácilmente discernibles. La primera reuniría tres capítulos que establecen el marco general de actuación de la Iglesia española desde la Guerra Civil hasta la transición. La segunda parte constaría de dos trabajos que tratan un aspecto cardinal en la historiografía sobre la Iglesia en el franquismo: el estudio de las bases católicas, y su “rebeldía”, a través del asociacionismo católico obrero. Un tercer grupo de capítulos versaría sobre la no menos crucial cuestión del comportamiento de los católicos en las comunidades con marcada identidad nacional propia: Galicia, País Vasco y Cataluña. El libro se cerraría con tres capítulos que se sirven del caso de la joven diócesis de Albacete para profundizar en el alcance de los procesos de cambio en el interior de la Iglesia católica durante las dos últimas décadas del franquismo.

Como se resalta desde su introducción, si una idea recorre el libro –o, al menos, la mayoría de sus capítulos– es la de la “heterogeneidad” de la comunidad eclesial. Por la naturaleza jerárquica de la institución, ha podido darse cierta tendencia a entender su actuación como la de un agente colectivo –“la Iglesia”–, que se conducía en la vida pública sin apenas fisuras o contradicciones. De la lectura de la presente obra se deriva, casi de manera natural, una imagen muy ajena a ese aparente monolitismo. Fue precisamente esta complejidad de la Iglesia la que permitió que se fuesen creando en su interior espacios

de reflexión, participación y oposición al paradójico resguardo del privilegio y protección otorgados por el régimen a cambio del apoyo eclesiástico. Ciertamente, las contribuciones del libro tienden a centrarse en el segundo franquismo, momento en que la heterogeneidad y complejidad eclesiástica es más evidente; pero no faltan muestras de matices también en los momentos más duros del nacionalcatolicismo.

Precisamente a esos momentos se refiere el primer capítulo, firmado por Ángel Luis López Villaverde, que responde cabalmente en los contenidos a su título “La Iglesia de la Cruzada. La elaboración del mito de la Cruzada” y en el cual se rastrea el origen en la República y desarrollo posterior del relato de la guerra civil como “cruzada” y su empleo como cimiento del régimen. Sin embargo, como muestra este trabajo, la aceptación del mito de la cruzada no estuvo exenta de reticencias y contradicciones dentro de la propia Iglesia o incluso entre determinados sectores del régimen. Más incisivo sobre esas contradicciones en el seno de la Iglesia resulta el artículo de Feliciano Montero, aunque bien es cierto que se refiere a un tiempo posterior, donde se entremezclan las tensiones provocadas por la renovación eclesiástica y el cambio político. De hecho, el trabajo de Montero analiza muy bien cómo las tensiones intraeclesiales precedieron y, en cierta manera, derivaron en tensiones extraeclesiales con el régimen, y cómo estas, a su vez, contribuyeron a profundizar las divisiones en el interior de la Iglesia. Parte de las tensiones con el régimen emanaron de la reclamación eclesiástica de renegociar el concordato de 1953. A esta negociación, y a la del posterior acuerdo de un marco bilateral para las relaciones entre la Iglesia y el Estado ya en democracia, está dedicado el capítulo de Romina de Carli, quien se pregunta si el sistema buscado fue de una confesionalidad tolerante o de una aconfesionalidad privilegiada, pareciéndose decantar, más bien, por esta última opción como resultado del proceso.

Los dos capítulos siguientes tratan la cuestión de la movilización obrera católica, particularmente durante la etapa del segundo franquismo. El primero de ellos, de Enrique Berzal de la Rosa, presenta un panorama muy completo del obrerismo católico durante la dictadura, de su contribución a los movimientos de oposición antifranquista a través de sus militantes, de sus actuaciones y, muy significativamente también, de la creación y difusión de una cultura política cristiana de izquierdas. No fue un movimiento exento de contradicciones, como tampoco careció de estas su concreción femenina, que estudia Mónica Moreno Seco en un también excelente trabajo, donde se aplica muy adecuadamente la perspectiva de género. Pese a las mencionadas contradicciones, las militantes católicas de la HOAC y de la HOACF pudieron desarrollar en su seno no sólo una conciencia obrera y democrática –como sus compañeros varones–, sino, asimismo, una identidad femenina de rasgos cada vez más abiertamente feministas.

Dentro del tercer bloque, constituido por los tres capítulos dedicados al catolicismo en las nacionalidades “periféricas”, destaca el magnífico estudio sobre Galicia de José Ramón Rodríguez Lago. En el mismo se da cumplida cuenta no sólo del devenir de la Iglesia gallega en el siglo XX, sino de la pluralidad –a veces muy discreta– existente en su seno. El autor matiza muy bien las diversas corrientes que –ya abiertamente– eclosionan a finales de los sesenta, hasta la final imposición de las más conservadoras en el tardofranquismo y la transición. Más desconcertantes resultan los otros dos capítulos. El de Anabella Barroso sobre el País Vasco, por una razón de forma, que además impide una justa valoración del fondo: el capítulo carece de referencias –y, de las pocas que se ofrecen, algunas aparecen en el texto en notación anglosajona entre paréntesis que luego no remite a ninguna bibliografía–, de tal manera que no llegamos a saber muy bien en qué fuentes basa la autora sus afirmaciones. En cuanto al capítulo de Hilari Raguer sobre Cataluña, supone una especie de ejercicio de “ego-historia”, en el cual la experiencia catalanista, democrática y “católico-progresista” del propio autor se traslada a una quizá menos probable de “todo”

el clero de Cataluña. Véase, si no, el contraste entre el tenor del texto de Raguer y el dato que aparece en el de Montero: 628 clérigos de las diócesis catalanas pertenecieron a la ultraconservadora Hermandad Sacerdotal.

Los tres últimos capítulos nos remiten al caso de la Iglesia diocesana de Albacete y su presencia pudiera parecer, al lector desavisado, una mera concesión localista a la sede de los mencionados seminarios del SEFT. Nada más lejos de la realidad: la investigación que los avala es magnífica y su lectura procura un panorama aún más complejo de la Iglesia española en el segundo franquismo y la transición que el que proporcionan trabajos de índole más generalista. Así, el estudio de Manuel Ortiz Heras revela la perplejidad de la jerarquía eclesiástica española –encarnada en los obispos albacetenses– ante los cambios que se producían en la Iglesia y en la sociedad y su final desbordamiento en el empeño por contenerlos o encauzarlos. Por su parte, los dos trabajos firmados conjuntamente por Damián González Madrid y Óscar Martín García abordan una misma cuestión, aunque para dos ámbitos separados –el rural y el urbano–: la importancia para la transición de formas de debate público y acción colectiva de la sociedad civil hasta ahora desconsideradas por la historiografía por no vincularse al ámbito de la oposición política o de la protesta industrial más visible. Sin embargo, estas fórmulas, ligadas a movimientos y asociaciones católicas, permitieron –como demuestra la minuciosa y original investigación de estos autores– crear espacios de conciencia y participación democráticas, en un proceso que contribuiría poderosamente al posterior establecimiento de la democracia.

A modo de conclusión, podríamos indicar que nos encontramos ante un excelente libro colectivo que presenta una gran solidez de conjunto y representa una imprescindible aportación historiográfica al conocimiento del complejo papel de la Iglesia, y de las asociaciones y movimientos a ella vinculados, en los procesos de transición democrática en España. En sus capítulos se encontrarán buenas y numerosas pistas para entender este papel y para estimular futuras investigaciones.

Julio de la Cueva Merino
Universidad de Castilla-La Mancha